



4.

Las mujeres y la reproducción social de la lucha campesina en Colombia



Las mujeres y la reproducción social de la lucha campesina en Colombia

DOI: <https://doi.org/10.54118/controver.vi219.1266>

Por Andrea Marcela Cely Forero*

Resumen: en la historia de la lucha campesina es posible identificar prácticas constantes y definitivas que garantizan la reproducción material del campesinado como modo de vida. Dichas prácticas son ejercidas principalmente por mujeres, quienes se han encargado de asegurar la alimentación, cuidado y administración de ingresos adicionales en las familias. Además de realizar el trabajo doméstico, cuidar de sus hijos, preparar los alimentos y asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, también han generado una dinámica productiva alrededor de la economía campesina que ha consolidado la idea de libertad hasta la actualidad.

Palabras clave: reproducción social, sostenibilidad de la vida, mujeres, lucha campesina.

Women and the Social Reproduction of the Peasant Struggle in Colombia

Abstract: In the history of the peasant struggle it is possible to identify constant and definitive practices that guarantee the material reproduction of the peasantry as a way of life. These practices are carried out mainly by women who have been responsible for ensuring food, care and administration of additional income in families. In addition to doing housework, caring for their children, preparing food, and guaranteeing the reproduction of the labor force, they also generated a productive dynamic around the peasant economy that has guaranteed the idea of freedom to this day.

Keywords: social reproduction, sustainability of life, women, peasant struggle.

Cómo citar este artículo: Cely Forero, Andrea Marcela (2022). Las mujeres y la reproducción social de la lucha campesina en Colombia. *Revista Controversia*, (219), 129-172.

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2022

Fecha de aprobación: 25 de mayo de 2022

* Doctora en Estudios Sociales en América Latina (Universidad Nacional de Córdoba-Argentina), magíster en Estudios Culturales y politóloga (Universidad Nacional de Colombia). Actualmente trabaja con niñas y niños de la zona rural de Bogotá. Su última publicación es un libro álbum infantil titulado *Juntos allá y acá*, basado en su investigación doctoral. Correo: andrea.cely.forero@gmail.com.

Introducción

Caracterizar o describir la lucha social del campesinado ha sido el objeto de estudio de varias generaciones de investigadores. No solo por el interés que provoca, sino porque refleja la capacidad de resistencia de quienes habitan el campo ante múltiples intentos de hacer de ellos y ellas un actor del pasado. Este artículo — construido a partir de algunos hallazgos de la investigación doctoral titulada *La lucha campesina como modo de vida. Colombia 1850-2015*—, se suma a dicho propósito y espera corresponder a la intención de resaltar, visibilizar y reconocer las prácticas de quienes se organizan para defender la tierra, el territorio y unas formas de vida propias, y especialmente de las mujeres de varias regiones del país que han garantizado la reproducción material de la lucha campesina a lo largo de la historia.

Algunos de los hallazgos que se comparten en este artículo son fruto de un proceso de investigación que arrojó una manera de comprender la lucha campesina como la defensa de una forma de vida. Para ello se construyó un enfoque que relaciona tres tipos de prácticas: aquellas asociadas con la cotidianidad y la continuidad de costumbres, cuidados y reproducción material de la vida campesina; otras que buscan mantener o renovar estructuras organizativas; y las manifestaciones visibles o protestas que interrumpen el espacio público. Es la relación entre estas tres prácticas la que permite explicar de qué manera la lucha campesina en Colombia se mantiene vigente hasta la actualidad.

La invitación es, entonces, a comprender que un proceso de lucha social no puede reducirse al análisis de lo visible. Y, por esta razón, se hará énfasis en las prácticas de cuidado o cotidianas que garantizan que la lucha campesina se reproduzca socialmente en el tiempo. De acuerdo con la investigación, dichas prácticas son protagonizadas especialmente por mujeres, pero esto no quiere decir que ellas estén ausentes en la consolidación de procesos organizativos o que no hayan liderado

protestas; por el contrario, se resalta que han sido tan determinantes que sin el papel que han desempeñado, probablemente los paros y las asambleas no se hubieran desarrollado tal y como los hemos visto.

La lucha del campesinado, como otras luchas sociales, se caracteriza por consolidar públicamente reclamos, exigencias y propuestas que afectan los intereses de otros actores, y por ser una relación discontinua y disruptiva propia del conflicto. Sin embargo, las huelgas, los sucesos violentos o la protesta en general, son sin duda solo una parte de lo que configura la práctica de una lucha social. En este caso, la referencia a las prácticas incluye aquellas acciones que han permitido la reproducción de la vida organizativa del campesinado y que también son entendidas como parte de la disputa con esos otros actores que buscan deslegitimar e incluso anular las formas de vida campesinas. Se trata de llamar la atención sobre aquellas prácticas que, aunque muchas veces no se conocen ampliamente, se realizan de manera continua y permiten la producción y reproducción de una acción movilizadora.

Son acciones que están bajo la superficie, pero no por ello son menores o de un alcance infrapolítico; tampoco hacen parte de lo que Sidney Tarrow identifica como ciclo de protesta y Charles Tilly como repertorio. Se acercan más a la idea de entramado comunitario, según lo entiende Raquel Gutiérrez, o a aquellas prácticas que, de acuerdo con el líder campesino Robert Daza (entrevista personal, junio de 2018), les permiten a los individuos, familias o comunidades reconocerse como parte activa de un proceso colectivo, aun cuando no están en un momento de movilización. Algunas prácticas que este líder campesino enunció fueron los festivales, el cuidado de las fincas, los mercados campesinos, la solidaridad en momentos de dificultad, las escuelas de formación, entre otras muchas más acciones que realizan continuamente. Aunque también afirmó que es en los paros agrarios o en ejercicios de movilización abierta en donde estas mismas personas recrean y promueven la importancia de todas aquellas actividades que permiten la reproduc-

ción material de la vida organizativa que sostiene un proceso de lucha social a largo plazo.

Reconocer en espacios cotidianos prácticas relevantes para la lucha social no ha sido el énfasis de la mayoría de investigaciones y tampoco para las mismas organizaciones y líderes campesinos. En conversación con una dirigente campesina (N. Quintero, entrevista personal, agosto de 2018) fue claro que las prácticas que ella reconocía como parte de la lucha social se encontraban en los momentos de movilización y en procesos de formación de la dirigencia política. Mientras que, por otro lado, las prácticas cotidianas u ordinarias hacían referencia únicamente al trabajo en la finca y en espacios privados. Pero lo más significativo fue cuando reconoció que varias familias entienden la lucha social campesina como una práctica que aleja a quienes participan en ella del día a día de sus casas y que, incluso, ha provocado que muchas de ellas se separen. En este sentido, esta propuesta también pretende abrir una discusión que permita identificar la potencialidad que tiene reconocer en una dimensión cotidiana la reproducción material de una lucha social como la campesina.

Cotidianidad, reproducción social y sostenibilidad de la vida

La vida diaria o cotidiana puede ser vista como el escenario propio de conductas repetitivas, pronosticables y controladas asociadas con la normalidad que imponen las lógicas capitalistas y estatales. Además, los escenarios de lucha social generalmente se asocian con los tiempos de ruptura o con momentos de quiebre que interrumpen la normalidad y que se presentan de manera colectiva, inesperada y riesgosa. Frecuentemente, las experiencias de enfrentamiento político se interpretan como momentos excepcionales que interrumpen el normal funcionamiento del estado de cosas y, por lo tanto, “el tiempo de lo cotidiano es lo que con mayor facilidad queda sumergido por el tiempo de la nor-

malidad estatal” (Gutiérrez, 2008, p. 48). Sin embargo, por esta misma razón se considera que el escenario de lo cotidiano es necesariamente un espacio de disputa política entre distintas formas de vida que se enfrentan para otorgarle sentido a una lucha social.

Si se sostiene que lo cotidiano es el tiempo normal que se impone como un modo aceptado, ordenado y regulado de vida, se admite también que se constituye en uno de los escenarios en donde se condensa el poder y, por lo tanto, en el que necesariamente se generan expresiones de resistencia a un modelo de vida hegemónico. Se está ante la posibilidad de explorar la disputa política por un espacio y un tiempo autónomo en el que la comunidad que decide entrar en antagonismo, lo hace de manera permanente.

Una concepción de la política enfocada exclusivamente en manifestaciones para obtener algo a cambio o sobre procesos de rebelión abierta, reduce enormemente la imagen de la vida política (Scott, 2000, p. 44), especialmente bajo condiciones en las que aparentemente no existe otra opción que la obediencia o, en casos como el colombiano, el desplazamiento forzado. Por esta razón, la vida cotidiana se convierte en un espacio de manifestación de la resistencia política bajo experiencias en común, compartidas y mucho más habituales que el enfrentamiento abierto o la hostilidad manifiesta (Serna y Pons, 2000, p. 106). Sin embargo, este tipo de planteamientos no pueden ser comprendidos ni practicados de manera aislada de las otras formas de acción política que se han hecho visibles hasta ahora. Esta es una propuesta que adquiere forma y se hace inteligible en una esfera relacional de la lucha social.

Esta propuesta analítica exige reconocer que un escenario de lucha social del campesinado incluye, necesariamente, prácticas que no son visibles a través del seguimiento de acciones de protesta en ámbitos públicos. Incluso, plantea la existencia de un discurso oculto como una

condición práctica de la resistencia¹. En este sentido, el interés por propuestas analíticas como esta no está en reconocer o negar si ese discurso oculto provoca una acción realmente política o una revuelta, sino en exaltar que efectivamente existen prácticas cotidianas, difíciles de identificar a simple vista, que permiten la reproducción de una acción social colectiva en el tiempo.

La autora mexicana Raquel Gutiérrez desarrolla una aproximación valiosa para el análisis de las luchas sociales en América Latina desde la elaboración de tres conceptos: *alcance práctico*, *horizonte interior* y *horizonte comunitario-popular*. El primero de ellos hace referencia al “conjunto de rasgos y significados plenamente registrables a partir del seguimiento de la propia acción de lucha” (Gutiérrez, 2017, p. 33). Es decir, aquellas características que se pueden observar y determinar con cierta facilidad porque corresponden a su fuerza material real y a la capacidad que se desarrolla en medio de una confrontación. Algunos ejemplos de este alcance práctico se encuentran en el registro del carácter territorial de la lucha, esto es, si es local, regional, nacional o alcanza un despliegue internacional. Además, la capacidad de romper los tiempos preestablecidos para la acumulación de capital o del mando político-estatal, el tipo de redes asociativas que construye y la importancia que adquiere para el conjunto de luchas de un país, entre otras (Gutiérrez, 2008, 2017).

El segundo concepto es más difícil de identificar y, por lo tanto, de registrar. Cuando se refiere al *horizonte interior*, lo hace pensando en el tipo de subjetividad colectiva que se produce durante el proceso mismo de movilización. Para esta autora, en los momentos de levantamiento

1 En Colombia, este enfoque ha sido rescatado por varios investigadores y docentes entre los que se encuentran Flor Edilma Osorio (2001; 2016) y Alberto Flórez (1993; 2012). Al mismo tiempo, es un enfoque que ha sido rescatado en algunos trabajos relacionados con el movimiento campesino en Colombia como los elaborados por Ana María Joven y Ángela Núñez (2018) y Guiomar Dueñas (1992).

e insubordinación se generan deseos, se identifican objetivos comunes y se articulan horizontes utópicos que solo les pertenecen a quienes hacen parte del grupo que decidió romper con los momentos cotidianos. En sus palabras, este horizonte puede “estudiarse, principalmente, escudriñando (...) en lo que se exhibe implícita o explícitamente como deseo y como capacidad. (...) Por lo general, los deseos y horizontes utópicos son, antes que registrables, más bien *perceptibles y formula-bles* [cursivas originales] como hipótesis para continuar” (Gutiérrez, 2008, p. 22).

En síntesis, la posibilidad de registrar minuciosamente el alcance práctico permite percibir el horizonte interior que se va gestando y, a través de ambos, valorar las capacidades y dificultades que tiene una lucha social para hacer que broten algunos de sus rasgos y propuestas principales. Lo interesante de este tipo de propuestas analíticas se encuentra en registrar aquello que desborda los límites anteriormente identificados y acercarse a los difusos e incluso contradictorios deseos y objetivos que promueven quienes deciden entrar en un proceso de lucha social (Gutiérrez, 2017).

Para explicar el tercer concepto Gutiérrez afirma que en algunos momentos de la historia existen condiciones de posibilidad para que otras formas de lo político, que no reproduzcan cánones liberales y estatales, emerjan. Según ella, dichas experiencias pueden ser identificadas si se presta atención a las raíces de múltiples entramados comunitarios que hacen posible la reproducción de la vida colectiva. Y en este punto se condensa la importancia de la vida cotidiana. Para esta autora, el horizonte interior o utópico se identifica en los momentos de levantamiento, pero en los tiempos cotidianos y ordinarios se despliegan las raíces que marcan el camino para tener como fin la conservación y cuidado de lo común, dejando como principal eje de la acción las garantías de condiciones materiales para la reproducción de la vida colectiva (Gutiérrez, 2017, p. 68). Por lo tanto, el *horizonte comunitario-popular* se

entiende como un amplio “conjunto de esperanzas y *prácticas* [cursivas originales] de transformación y subversión de las relaciones de dominación y explotación” (Gutiérrez, 2017, p. 68). La intención con este tercer concepto está en ofrecer un sustantivo común que nombre y designe lo que se hace visible en los momentos de movilización y despliegue del antagonismo social, por cuanto permite comprender que quienes luchan pueden desbordar lo instituido, pero lo pueden hacer porque cuentan con saberes y prácticas colectivas que se gestan en las más íntimas e inmediatas relaciones de la vida cotidiana, especialmente, en aquellas que permiten su reproducción material.

Estas afirmaciones están fundamentadas en la lectura que comparte Gutiérrez con Silvia Federici, una escritora y docente feminista que señala como una de las consecuencias más graves del capitalismo la escisión de la vida humana en dos ámbitos excluyentes: la producción de mercancías y de capital, por un lado, y la reproducción de la vida, por otro. Para ambas intelectuales, las capacidades de transformación social deberían tomar en cuenta el ámbito de la reproducción de la vida material y no basarse exclusivamente en la lucha definida a partir de la acumulación y producción de capital (Gutiérrez, 2017, p. 70).

Silvia Federici ofrece un juicioso estudio de la consolidación del capitalismo, a partir del análisis de las consecuencias que trajo para las relaciones sociales el cambio de sociedades basadas en la producción para el uso por relaciones sustentadas en la producción para el mercado. Este hecho provocó la separación de la producción y la reproducción, por un lado, y la diferenciación sexual de aquellas actividades que las permitían, por el otro. En sus palabras:

En el nuevo régimen monetario, sólo la producción-para-el-mercado estaba definida como actividad creadora de valor, mientras que la reproducción del trabajador comenzó a considerarse algo sin valor desde el punto de vista económico, e incluso dejó de ser considerada un trabajo. El trabajo

reproductivo se siguió pagando –aunque a valores inferiores– cuando era realizado para los amos o fuera del hogar. Pero la importancia económica de la reproducción de la mano de obra llevada a cabo en el hogar, y su función en la acumulación de capital, se hicieron invisibles, confundándose con una vocación natural y designándose como «trabajo de mujeres». (Federici, 2014, p. 112).

Esta reflexión no es menor cuando se trata de analizar las relaciones que permiten que un proceso de lucha social campesina se mantenga en el tiempo. Continuando con la propuesta de Federici, exaltar hoy los méritos de la tenencia comunal de la tierra es vista por varios analistas y empresarios como parte de una nostalgia del pasado, pues asumen que las formas comunales agrarias son ineficientes para la producción de valor monetario y que, quienes las defienden, se encuentran protegiendo solo formas tradicionales del trabajo. Además, no reconocen que la privatización de la tierra y la comercialización de la agricultura son obstáculos para garantizar la reproducción de la vida en común, pues al afectar la disponibilidad de alimentos para el mercado están negando la posibilidad de que otras familias puedan sobrevivir.

En uno de sus más recientes libros, *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes* (2020), Federici sitúa su análisis en la lucha de las mujeres por la tierra y el bien común en América Latina. Para esta autora el trabajo de reproducción social ya no debe comprenderse como exclusivo de la esfera doméstica e individual. Considera que el trabajo doméstico y el cuidado de las personas enfermas ya salieron a las calles, adquirieron una dimensión política y se reflejan materialmente en las ollas comunitarias que acompañan gran parte de las movilizaciones del campesinado (Federici, 2020, p. 211). En muchas de estas acciones son las mujeres las que se ocupan de estas labores y, al mismo tiempo, son quienes están liderando la lucha por la tierra, por cuanto es la que les garantiza la posibilidad de brindar alimentos a sus familias y son

ellas quienes también protagonizan la defensa del agua que se emplea para cocinar, lavar y sanar (Federici, 2020, p. 203).

El llamado de atención sobre las prácticas que garantizan la reproducción social tomó mucha fuerza en las décadas de los sesenta y setenta, gracias al trabajo de varias autoras feministas que han dejado un legado importante y que está siendo retomado actualmente en América Latina. Algunas de las fuentes más relevantes para el objeto de este artículo son los textos de Leopoldina Fortunati (2019), Cristina Vega y Encarnación Gutiérrez (2014), Cristina Cielo y Cristina Vega (2015), Cristina Vega (2019), Mariarosa Dalla Costa (2006), Cristina Carrasco (2003, 2016, 2017) y Martha Giménez (2019), entre otras. En términos generales, todas estas autoras tienen como punto de partida el cuestionamiento a la división entre producción y reproducción de la fuerza de trabajo y, particularmente, a la asignación dada a las mujeres como amas de casa o prostitutas. En ese momento, la reivindicación se concentraba en la demanda por el reconocimiento del tiempo y de las labores que ejercían las mujeres en relación con la producción de valor y la reproducción de la fuerza de trabajo que lo hacía posible.

En palabras de Fortunati “la mujer es el sujeto de trabajo necesario pero no suficiente para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, que presupone también al hombre y a los niños como sujetos de trabajo en tal proceso” (2019, p. 26). Es decir, las prácticas que ejercen las mujeres en las familias tienen una doble condición. Por un lado, una vida aparente como centro de la reproducción de las personas como valor de uso, y, por otro lado, una real, como centro de producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo. Por esto mismo, en la perspectiva de Fortunati, las mujeres se encuentran en un lugar determinante para la producción y reproducción del sistema capitalista (2019, p. 210). En este sentido, las reivindicaciones que lideraron estas autoras en su momento se concentraron en el reconocimiento de ese tiempo de trabajo, en la reducción de este y en una comprensión que situara esta lucha

no solo por una nueva organización de las jornadas laborales, sino por el tipo de organización capitalista del trabajo que deja a las mujeres en medio del desconocimiento.

En este mismo texto, Leopoldina Fortunati trae una afirmación que es clave para comprender que, en el campo de la cotidianidad, también están en juego posibilidades de lucha y de tensión con otras formas de vida que pretenden ser impuestas:

La potencialidad emotiva, sexual, sentimental, afectiva, «amorosa» que un individuo puede expresar hoy para reproducirse y ser reproducido, ya sea hombre o mujer, niño, adulto o anciano, es realmente enorme. Pero esta potencia está congelada, atrapada, reprimida, distorsionada, al ser funcional a un individuo obligado a ser mercancía. Destruir el dominio del valor de cambio sobre el valor de uso significa también liberar estas innumerables fuerzas y energías creativas de reproducción con el fin de reproducir individuos y no ya mercancías. (2019, p. 26).

Como se verá en algunas prácticas que fueron identificadas en la historia de la lucha campesina en Colombia, la defensa de la vida se convirtió en una acción liberadora y necesaria para la reproducción del campesinado organizado, en momentos en los que fueron perseguidos, señalados y expulsados de sus territorios. Como seguramente también lo fueron otras prácticas difíciles de rastrear, cuyo objetivo era proteger y alimentar a sus familias, recuperar las tierras para sembrar o bailar al ritmo de canciones escritas con el mismo propósito.

Ahora bien, dichas prácticas no solo garantizan un cuidado material y afectivo. También se convierten en la base de la creación de redes de solidaridad e identidad colectiva que sitúan, nuevamente en las mujeres, una gran capacidad para reproducir una forma de vida que también basa su sostenimiento en la existencia y mantenimiento de estructuras organizativas, y de una subjetividad propia de quienes reconocen que

pueden ser autónomos en relación con el mercado o con algunas normas que les afectan directamente (Federici, 2020, p. 212). Las mujeres aparecen en la historia, entonces, como las personas que aseguran que la lucha campesina se pueda vivir a diario. En palabras de Vega, no se trataría de los restos de una economía precapitalista, sino de experiencias corrientes que traman la existencia diaria y que no siempre se realizan de manera individual (2019, p. 53). Se están señalando de esta manera actividades que son complejas, cualificadas y socialmente organizadas que se expresan en términos de *prácticas cotidianas que sostienen la vida campesina*.

Estas autoras también coinciden en reconocer que cuidar de otros no es solo una preocupación afectiva, sino principalmente la realización de un trabajo que contribuye directamente a preservar su vida (Arango, 2010, p. 84). Y esa fue, tal vez, la principal motivación de las mujeres campesinas en medio de un proceso de lucha social como el que han tenido que vivir en condiciones de violencia extrema en Colombia. No obstante, aunque dichas prácticas se han asociado en la investigación como propias de las mujeres, es importante resaltar que el género, como categoría de análisis, es insuficiente para abarcar la cantidad y diversidad de casos que pueden ser identificados en un proceso de lucha social. Incluso, se convierte en una posibilidad de reconocimiento a otros saberes, afectos y responsabilidades que tendrían que ser vistos y reivindicados como propios de las dinámicas organizativas² (Arango, 2010, p. 102).

De esta manera, el concepto de reproducción social se ampliaría para incorporar las prácticas de cuidado y, a su vez, estas incluirían todos los

2 Silvia Federici reconoce una preocupación en relación con que algunas tendencias feministas consideran a las actividades reproductivas como actividades necesariamente tediosas, cuando en realidad el trabajo reproductivo constituye la base material de la vida y, además, se configura como una dimensión determinante para desarrollar la capacidad de autonomía y gobierno propios (2020, p. 279).

trabajos orientados al cuidado de la vida realizado fuera de los hogares (Carrasco, 2017, p. 63). En este sentido, extender de tal manera la comprensión de una categoría como *reproducción social* puede no ser lo más acertado. Por tal razón, otras feministas están creando alternativas que lleven a superar la separación que se identifica entre producción y reproducción, como ha sido el caso de la idea de *sostenibilidad de la vida* propuesta por Cristina Carrasco. Para esta autora, es un concepto que

permite dar cuenta de la profunda relación entre lo económico y lo social, que no separa producción y reproducción, que sitúa a la economía desde una perspectiva diferente, otorgando prioridad a las condiciones de vida de las personas, mujeres y hombres. (Carrasco, 2017, p. 63).

Se trataría, pues, de identificar aquellas prácticas que garantizan que una forma de vida como la campesina se mantenga y se reproduzca materialmente. En palabras de Carrasco, hace referencia a un proceso complejo de tareas, trabajos y energías necesarias para la reproducción biológica y de la fuerza de trabajo, como también de prácticas de cuidado, socialización y satisfacción de necesidades humanas, así como el mantenimiento de relaciones sociales y comunitarias asociadas con procesos formativos, educativos, de salud, como de todas aquellas que se realicen para reducir los riesgos que amenazan la vida (2017, p. 63).

En Colombia las mujeres campesinas desempeñaron un papel fundamental para la reproducción de las bases comunales y la defensa de algunos territorios. A continuación, se presentan algunas de las prácticas que se pudieron rastrear a través de fuentes secundarias y primarias desde 1850 hasta 2015. El último periodo (1995-2015) estuvo caracterizado por masacres paramilitares en las que fueron principalmente las mujeres quienes mantuvieron vivos a sus hijos e hijas, consolidaron redes de solidaridad entre familias en condición de desplazamiento y, en otros casos, lograron reubicarse en territorios cercanos sin perder su arraigo a la tierra. Por esta razón, es posible afirmar que las mujeres campesinas

son las principales artífices de la sobrevivencia y reproducción de las familias en zonas de desplazamiento forzado y, además, quienes ayudaron a gestar de manera activa el desarrollo de una base comunitaria. Parte de ello solo puede ser explicado si se reconoce que la reproducción de la vida también es un componente fundamental de la lucha social.

Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1850-1965

En este primer periodo la mayoría de los investigadores resaltan que la lucha campesina se configuró a partir de repertorios de protesta poco unificados y dispersos en el territorio nacional (Prada y Salgado, 2000). Sin embargo, el interés se encuentra en resaltar, además de la toma de tierras, el boicot, las huelgas, manifestaciones y mítines; la reivindicación de la siembra libre; la solidaridad entre familias campesinas; la rotación de tierras y la formación de una economía campesina liderada por mujeres al interior de las haciendas, como prácticas que también determinaron la lucha del campesinado en ese momento de la historia.

Cuadro 1. Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1850-1965

Reivindicación de siembra libre.	Para el campesinado la libertad de cultivar no obedecía a un cálculo económico, sino a la reafirmación de su libertad y un rechazo a las condiciones de servidumbre frente al modelo de hacienda. Además, disminuía las amenazas de expulsión a las que estaban sometidos (Sánchez, 1977, p. 40).
Rotación de tierras, siembra entremezclada, ayuda mutua y uso de tierras comunales.	Los que vivían en comarcas alejadas, por lo general los más pobres, practicaban la rotación de tierras. Tras varias cosechas de maíz, frijoles y yuca en una parcela, se trasladaban a preparar nuevos campos. Como la mayoría de los campesinos latinoamericanos, los colonos en Colombia sembraban los cultivos entremezclados. Lo que parecía una masa abarrotada de vegetación era un sistema agrícola altamente productivo y eficiente, capaz de alimentar a la familia del colono y

(Continúa)

	<p>satisfacer sus necesidades básicas. De esas parcelas extraían también materiales de construcción para los ranchos de bambú y adobe con techo de paja donde vivían, así como leña, calabazas para cocinar y plantas medicinales para curas domésticas (LeGrand, 2016, pp. 49-50).</p> <p>Evidencias de cooperación son notables en la costa Atlántica donde las condiciones ecológicas daban origen a pueblos estrechamente integrados en tierras comunales. En las tierras bajas de las costas, el ritmo de la vida campesina giraba en torno a la sucesión de lluvias y sequías. Las parcelas individuales delimitadas no tenían sentido en este terreno mudable. Por esta razón, las aldeas campesinas consideraban las riberas pantanosas y las colinas cubiertas de arbustos como tierras comunales (LeGrand, 2016, pp. 51-52).</p> <p>En la región Andina el trabajo inicial de limpiar y sembrar tierras vírgenes involucraba a todo el vecindario mediante intercambios laborales denominados convites. En contraste con la costa, los colonos de esta región prefirieron las parcelas individuales, y fue en el interior en donde el aspecto individualista y competitivo de la actividad colonizadora se manifestó más nítidamente (LeGrand, 2016, p. 52).</p>
Solidaridad campesina	<p>Cuando la policía iba a desalojar a un grupo de colonos, todas las demás colonias a escala regional se hacían presentes y la fuerza pública perdía toda su capacidad para realizar este acto (Fajardo, 1979, p. 60).</p> <p>Algunos lograron permanecer en las haciendas gracias a la cooperación entre colonos y las formas organizativas que estos adoptaron. Se protegían de forma espontánea mutuamente. Cuando algún ocupante era acorralado por la policía, sus vecinos lo alojaban y, si le quemaban sus bienes, otros le daban techo y comida (LeGrand, 2016, p. 185).</p> <p>En la realización de tareas concretas como la tala de bosques, la construcción de vivienda en los predios en que iban a ser ubicados, o en la defensa contra la agresión, campesinos de una región se desplazaban en apoyo de los de otra, formando así un verdadero circuito de colaboración (Sánchez, 1977, p. 121).</p>

(Continúa)

Economía campesina liderada por mujeres	<p>Dentro de la hacienda se iba formando, consolidando y expandiendo una economía campesina. Entre los arrendatarios y los propietarios se disputaban la utilización de los recursos de la hacienda. La tensión se centró en el acceso a los potreros y bosques no cultivados que se encontraban alrededor de la hacienda, en los cuales los arrendatarios cazaban y recolectaban leña. Además, la caña hurtada de la hacienda, junto con la ración de melado que se daba a cada arrendatario, se convirtió en la base para una amplia producción de bebidas fermentadas y destiladas que circulaban en la zona. <i>Podía dar la impresión que estas actividades estaban subordinadas a los intereses de los hacendados, pero en realidad mostraban la dinámica de una economía propia de los arrendatarios que se iban diferenciando de la hacienda</i> [cursivas originales]. (Vega, 2002, p. 194).</p>
	<p>Las mujeres tuvieron el protagonismo en la creación de esta economía de contrabando. Para 1919 el 40 % de los arrestos por fraudes tributarios lo representaban las mujeres y en la década de 1920 esta tendencia se mantuvo. Esta participación en el mercado ilegal y la administración que llevaban de la unidad familiar les permitió a las mujeres adquirir independencia económica, ya que ellas eran proveedoras de alimentos, pequeñas comerciantes y artífices de la economía subterránea (Joven y Núñez, 2018, p. 165).</p>

En este periodo el papel que desempeñaron las mujeres fue determinante dentro y fuera de las haciendas. De acuerdo con la investigación realizada por Michael Jiménez en la región cafetera del Tequendama, en Cundinamarca

las mujeres jugaron un papel principal en la consolidación de la economía campesina insertada en las grandes haciendas de la ladera occidental. La posición de los hombres como proletarios esencialmente de medio tiempo dio a las mujeres campesinas suficiente espacio e independencia necesarios para convertir las estancias en unidades eficientes de producción al menos parcialmente según los términos de la mujer. Las mujeres operaban como proveedoras contratadas de alimentos, pequeñas comerciantes, dueñas de tiendas pequeñas y las principales protagonistas en una economía

subterránea. Los ingresos resultantes significaron que las mujeres estaban en posición de exigir un mayor control sobre las decisiones económicas dentro de la familia. La situación también les permitió abrir camino dentro de las redes comerciales locales y regionales a las cuales estaban conectadas en las décadas anteriores. (1990, p. 79).

Es decir, las mujeres, además de realizar el trabajo doméstico, cuidar de sus hijos, preparar los alimentos y garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, también generaron una dinámica productiva alrededor de la economía campesina que garantizaba a sus familias una independencia económica relativa respecto de la hacienda. Las mujeres talaban árboles para producir carbón vegetal; vendían frutas, vegetales y maíz en pequeñas plazas de mercado alrededor de las plantaciones; preparaban y vendían licor de contrabando; suministraban hierbas medicinales; y muchas veces fueron contratadas como curanderas (Jiménez, 1990). Así entraron en un círculo comercial que sin duda alguna tuvo mucho que ver en el cambio subjetivo que permitió desarrollar prácticas que rompieran el vínculo con la hacienda y, al mismo tiempo, reafirmar las bases de la economía campesina.

Es en la práctica y en la cotidianidad donde también se configuran voluntades que permiten que una lucha social se establezca y se reproduzca materialmente en el tiempo. Fueron esos ingresos adicionales y la posibilidad de salir libremente de la hacienda los que también gestaron un cambio en la estructura de sentimiento de esas familias campesinas. Fue un papel que, además de garantizar la reproducción material de la vida de ellas, sus familias y los jornaleros, también permitió la producción y reproducción de una idea de libertad en la práctica.

Por otro lado, las relaciones de solidaridad entre familias, los cultivos compartidos y la ayuda mutua también fueron factores que determinaron este comportamiento en el campesinado de la época. Si se reconoce que una de las causas de cambio en este momento fue el inicio de

una dinámica organizativa, como lo afirma Gonzalo Sánchez (1977), es porque se generaron espacios y tiempos compartidos, en donde la consolidación de confianzas, la creación de estrategias y la defensa ante el peligro permitieron que se gestaran acciones organizadas que, de otra manera, no se habrían presentado.

En las fuentes consultadas, las prácticas que realizaron las familias arrendatarias y especialmente las mujeres en el plano cotidiano no aparecen como hechos contundentes que permitieron reproducir una nueva dinámica organizativa. Por ello, la principal intención se sitúa en visibilizar, cuando sea posible, este tipo de prácticas como parte de la lucha campesina y ampliar los métodos de análisis de la acción colectiva. Por esta razón, se insiste en que guiar el análisis de un proceso de lucha campesina solamente a través de la idea de repertorio o de acciones de carácter público que rompen la cotidianidad es fundamental, pero limitado. Es también en las prácticas ordinarias en donde se gestan ideas y acciones de libertad que provocan que el campesinado actúe de esa forma y no de otra.

Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1965-1980

La lucha campesina en este periodo se caracterizó por tener intensidades desiguales en todo el país, aunque una buena representación a nivel nacional. De acuerdo con el análisis hecho por León Zamosc (1986), la lucha por la tierra no fue la única reivindicación del campesinado. En las áreas de colonización, este se movilizó para exigirle al Estado condiciones que garantizaran su supervivencia y reproducción; en los territorios más altos, poblados y desarrollados, los campesinos sin tierra exigieron la división de las haciendas y el acceso a tierras; y en las zonas de minifundio se presentaron los principales vínculos con discursos revolucionarios que motivaron la movilización campesina (Zamosc, 1986, pp. 120-121). En otros territorios en donde la violencia reconfigu-

ró las relaciones entre campesinado y Estado, los sindicatos agrarios y otras formas organizativas perdieron la fuerza adquirida previamente, como consecuencia del mando unilateral que asumió el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en estas zonas, producto de los ataques de parte de las fuerzas militares (Carrillo, 2016, p. 106).

Las invasiones o recuperaciones de tierras no fueron la única práctica, aunque sí la más representativa de la lucha campesina en este periodo. Las familias campesinas y los pueblos indígenas que, durante los años cincuenta, fueron expulsados del altiplano por el modelo de hacienda, se vieron obligados a ampliar los frentes de colonización en zonas como Putumayo y Guaviare (Molano, 1999; Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2015; Carrillo, 2016; Salgado, 2018). En este periodo se registraron importantes movilizaciones y prácticas de solidaridad entre comunidades campesinas cuyo único objetivo era exigir garantías para su permanencia y reproducción (CNMH, 2018, p. 115). Aunque las tierras fueron suficientes y productivas para las familias, no gozaban de las condiciones básicas para sobrevivir en ellas. Por esta razón, prácticas como la *mano e vuelta*, los convites, las tiendas comunitarias, las casas campesinas o los encuentros interveredales también son relevantes para el análisis de la lucha campesina en este periodo, pues a partir de su reproducción se fundaron nuevas veredas, corregimientos y municipios, a pesar de que no fueron ajenas a la violencia y a la disputa con intereses de otros actores.

En zonas de colonización, las organizaciones y comunidades campesinas se representaron a sí mismas como familias extensas. Configuraron una relación interdependiente basada en la solidaridad y en la necesidad que existe en un territorio en donde no hay nada construido y el abandono del Estado es una constante. El trabajo colectivo en la siembra y la cosecha; y la construcción de casas, escuelas, capillas y carreteras es fundamental para comprender la lucha y las identidades

que se van gestando en este proceso de socialización y de formación de identidad campesina (CNMH, 2017, p. 53). En general, la principal característica del campesinado de estas zonas se encuentra en la capacidad organizativa que desarrolló para liderar procesos de colonización, producción y comercialización de sus productos.

Cuadro 2. Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1965-1980

Trabajo colectivo o <i>mano e' vuelta</i>	<p>En la región Caribe y en las zonas de colonización se trabajó la tierra de manera colectiva a partir de formas organizativas como la <i>mano e' vuelta</i>. De acuerdo con lo que explica un campesino del departamento de Sucre, consistía en recibir y dar apoyo para las limpias, las cosechas y el procesamiento de los productos. En todas las etapas de cultivo se tenía apoyo de otros campesinos y con ello se brindaba seguridad comunitaria a través del fortalecimiento de la comunicación y la organización (CNMH, 2017, p. 41).</p> <p>El trabajo colectivo también se reflejó en las jornadas de limpieza de los caños y la creación de fondos comunales para cubrir cualquier calamidad de la comunidad (CNMH, 2017, p. 23). Estos fondos se mantienen actualmente en zonas de colonización a través de las juntas de acción comunal (JAC), para cubrir los gastos de transporte de una persona que necesite atención médica o servicios funerarios.</p> <p>En el departamento del Guaviare lo denominaron “mano devuelta”. Se acudía al vecino o a la familia para preparar los predios. En estas zonas, todos necesitaban de todos y varios campesinos le atribuyen a esta ayuda la formación de las primeras organizaciones. Una vez terminaban el trabajo en una finca, se reunían a pensar en dónde seguir y cómo dividir mejor las jornadas de trabajo. Además, convocaban al resto de familias a celebrar en una de las fincas, pero dada la magnitud de los encuentros, tuvieron que construir casas comunales y usarlas como sitios de encuentro para bailar y planear tareas. De ser vecinos, pasaron a ser compadres, y de allí a fundar las veredas y las JAC (Salgado, 2018, pp. 37-38).</p>
---	---

(Continúa)

Convites y grupos de hecho	<p>Los convites son jornadas de trabajo comunitario para arreglar caminos o mejorar construcciones comunes. Iniciaron con fuerza en la década de los años cincuenta y se mantienen hasta la actualidad a nivel veredal.</p> <p>Los grupos de hecho están conformados por menos de veinticinco vecinos de una vereda que se unen para resolver algunos problemas en su comunidad. Cuando el número excede los veinticinco integrantes ya se puede conformar una JAC (CNMH, 2018, p. 121).</p> <p>A través de los convites y los grupos de hecho las comunidades campesinas agenciaron la construcción de la infraestructura de escuelas basadas en principios comunitarios. Un ejemplo del funcionamiento de los convites está en una de las veredas del departamento del Magdalena:</p> <p>El primer colegio fue construido por el señor Feliz Ospino (...) otros campesinos vendían madera para subsistir (...) Y resulta que me dijo que le vendiera la madera y me dijo, bueno tú vives aquí y tienes hijos para estudiar, entonces me dijo, bueno Armando Calderón, tú pones la madera. (CNMH, 2017, p. 42).</p> <p>Con este tipo de aportes se fue consolidando la idea de comunidad campesina. Las prácticas de autogestión se presentaron especialmente en zonas de colonización como respuesta del campesinado ante el abandono del Estado y las difíciles condiciones de vida y de sobrevivencia en las que se encontraban.</p> <p>La adquisición de las parcelas y en algunos casos su titulación, así como la incipiente inversión en infraestructura de todo tipo permitió la estabilización de las familias campesinas y el inicio de procesos de producción y comercialización de excedentes entre las veredas, los municipios y la región (CNMH, 2017, p. 48).</p>
Tiendas comunitarias	<p>Las juntas promovieron la construcción de tiendas familiares y, posteriormente, de tiendas comunitarias. Entre diez y quince familias se organizaron para hacerle frente a tres situaciones en concreto: i) la especulación y los altos precios de la canasta básica familiar; ii) el abastecimiento de productos; y, iii) el transporte de la producción</p>

(Continúa)

	<p>agropecuaria hacia los principales centros de venta y consumo, y la comercialización (CNMH, 2018, p. 128).</p> <p>En el Catatumbo, las tiendas y droguerías comunitarias se extendieron por toda la región. Incluso surgieron apuestas organizativas más amplias como la Asociación de Tiendas y Entes Jurídicos (AS-TIENJURI), constituida en julio de 1993 en Tibú, y que se proponía producir y distribuir bienes y servicios con el respaldo de cuarenta y cuatro JAC (CNMH, 2018, p. 129).</p>
Economía campesina	<p>En zonas en donde los campesinos sin tierra hicieron tomas a la fuerza, lograron establecer economías campesinas independientes que les garantizaran su subsistencia. En algunas ocasiones, a través de fundaciones europeas, obtuvieron fondos de solidaridad para pequeños créditos de producción, compra y almacenamiento de insumos y cosechas (Rivera, 1982, p. 130).</p> <p>En la década de los setenta se generalizó una crisis de la producción petrolera y en zonas de colonización muchas familias colonas encontraron su sustento en el cultivo comercial del arroz; cultivos de pancoger como plátano y yuca; y cría de especies menores (CNMH, 2018, p. 141).</p>
Casas campesinas	<p>La construcción inicial de estas casas fue gestión de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) con el Gobierno nacional desde la década de los cincuenta, iniciativa que se mantiene hasta la actualidad.</p> <p>En 1959 en el departamento de La Guajira existía una casa campesina que había sido construida en un terreno donado por un particular. Ese lugar se convirtió en un centro de acopio y venta de productos campesinos a los intermediarios, así como en un lugar de encuentro para las celebraciones de la comunidad. Las familias campesinas de Maicao, que estaban afiliadas a la organización, hacían su siembra y se reunían en la casa durante la primera semana de julio para celebrar el Día del Campesino (CNMH, 2017, p. 16).</p> <p>Una vez entra en crisis la ANUC, las casas campesinas pasaron a ser propiedad de las JAC o de asociaciones de productores. Actualmente, la construcción autogestionada de las casas campesinas sigue</p>

(Continúa)

	<p>siendo una práctica liderada por las JAC en varios corregimientos del país. En regiones como el Catatumbo, estas casas siguen siendo lugares de reunión, encuentro y apoyo para la comercialización de productos. Para su sostenimiento, también funcionan como salones de alquiler para fiestas familiares o comunales, como restaurantes o lugar de hospedaje en los días de mercado.</p>
<p>Trabajo de las mujeres dentro de la ANUC</p>	<p>Las mujeres dentro de la ANUC desarrollaron un trabajo que seguía asociado a los espacios privados y al cuidado. Sin embargo, también obtuvieron reconocimiento por cuanto fueron útiles para el sostenimiento de la organización campesina.</p> <p>Como se evidencia en las narraciones de las mujeres del departamento de Sucre, dentro de los comités femeninos, para diversificar la economía campesina, se realizaron trabajos productivos agrícolas que estaban disponibles. Por tanto, fueron las mujeres quienes se encargaron de la compra de animales y la comercialización de productos para cubrir gastos por enfermedad de las mismas mujeres, sus hijos e hijas y compañeros de la ANUC.</p> <p>Cuando se presentaban momentos excepcionales de movilización, las mujeres también aportaban su trabajo productivo. Como narra una de ellas:</p> <p style="padding-left: 40px;">Iban unos compañeros allá, que les colaboráramos porque ellos iban una delegación, por decir algo para Montería, entonces nosotras teníamos el tesoro y de ahí le colaborábamos a la gente, a los compañeros delegados que iban a participar a cualquier evento en Montería o acá a Sincelejo, a una reunión nacional, a una reunión departamental, o cualquier cosa (CNMH, 2010, p. 305).</p> <p>En este sentido, el trabajo de las mujeres fue determinante para la reproducción de las organizaciones y de la lucha campesina en momentos tanto excepcionales como cotidianos.</p>

Si bien las mujeres jugaron un papel definitivo en todas las prácticas de cuidado enunciadas anteriormente, es necesario resaltar que estas también se vivieron en el marco de las movilizaciones o de las acciones de protesta. De acuerdo con lo que narró la lideresa campesina Catalina

Pérez, las mujeres participaron activamente en las tomas de tierras: “Mientras los hombres mochaban el monte, nosotras cocinábamos la vitualla que llevamos (yuca, plátano, carne asada, ñame). Pero claro, las mujeres también íbamos a mochar monte” (Madrid, 2018, párr. xx). Además, recuerda que cuando el Estado empezó a adjudicarles tierras a los campesinos, los títulos llegaron solamente a nombre de los hombres y eso provocó que las mujeres al interior de la ANUC se organizaran para exigir igualdad. Aunque no lograron que el Estado les titulara tierras, sí crearon cooperativas, cocinas ecológicas y tiendas veredales dirigidas por mujeres.

En este periodo se confirma de manera más contundente que el proceso de participación política de las mujeres campesinas no fue ajeno a las dificultades propias de costumbres patriarcales. Varias mujeres afirmaron que, cuando se involucraron en procesos organizativos con otras veredas, sus maridos les reclamaron abandono de hogar. En este sentido, sus asociaciones, comités y demás espacios organizativos les permitieron cuestionar las actitudes y comportamientos que les impedían luchar en igualdad de condiciones y, simultáneamente, provocaron un motivo más para luchar (CNMH, 2010, pp. 305-306).

Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1980-1995

Después de la crisis de la ANUC y la persecución sobre el campesinado durante el gobierno de Turbay Ayala, en varias regiones del país se vivió un cambio drástico de la vida en el territorio. De acuerdo con los testimonios entregados por parte de varios sobrevivientes al Centro Nacional de Memoria Histórica, se presentaron cambios en:

Lo social con el rompimiento del tejido social ocasionado por el desplazamiento forzado. En lo político se cambió la correlación de fuerzas y se truncaron de manera abrupta los sueños y expectativas que se habían ge-

nerado con los nuevos proyectos políticos. En lo cultural, una inversión de valores y se estableció la cultura del miedo. En lo económico, se destruyó la economía familiar, abandono de tierras, compra forzada y el despojo. (CNMH, 2017, p. 86).

En este caso, las prácticas que el campesinado realizó para retomar los vínculos sociales y afectivos de una acción colectiva a nivel veredal y municipal debieron haber ocupado la atención de investigadores y analistas. No obstante, para este periodo dichas referencias son muy pocas y, por esta razón, se tomó la decisión de abordar lo cotidiano u ordinario a partir de aquellas prácticas que se realizaron durante el desarrollo de una protesta excepcional y que ayudaron a que esta fuera posible mientras otras, que se enfocaron más en la recuperación y reafirmación de una identidad campesina, se hicieron difusas en medio de condiciones de desplazamiento forzado.

En este periodo se resaltan dos tipos de prácticas ordinarias o cotidianas fundamentales para la reproducción de las organizaciones campesinas. Por un lado, aquellas que se realizan de manera simultánea en un paro y que garantizan que la protesta se realice y, por otro lado, las que empiezan a ser reconocidas como parte de la configuración de una identidad campesina que, además, fortalece la creación de organizaciones de base. Lamentablemente están ausentes las referencias a aquellas prácticas que desarrollaron los campesinos para sobrevivir a hechos de violencia o para mantener en pie las dinámicas organizativas. Este sigue siendo un campo abierto para analizar en las fechas que corresponden a este periodo.

Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1995-2015

Los últimos años de la década de los noventa y los primeros del siglo XXI marcan en Colombia un contexto caracterizado por el desplazamiento

Cuadro 3. Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1980-1995

<p>Prácticas de cuidado en el marco de las movilizaciones</p>	<p>En las marchas campesinas de 1985 participaron, incluso, quienes no pudieron salir a las carreteras. Desde las fincas se mantuvo activa la producción y envío de alimentos mientras duró la movilización. El campesinado sabía que no podía descuidar las fincas porque no tenían certeza de cuánto iba a durar el paro y se preparó para ello (CNMH, 2018, p. 159).</p> <p>Durante los paros agrarios algunos líderes resaltaron la relevancia que tienen para la consolidación de una comunidad, prácticas como cocinar, vigilar, armar camas y organizar la logística en las movilizaciones. Estas prácticas cotidianas que aparentemente no tienen relevancia, en el marco de una movilización representan la formación de lazos colectivos fundamentales para la reproducción de la vida en común (CNMH, 2017).</p> <p>La creación de estrategias de coordinación en el marco de una movilización, tales como los comités de seguridad y guardias, alimentación, aseo, cultura y logística son vistas como procesos de aprendizaje y formación de liderazgos (CNMH, 2017, p. 42).</p>
<p>Prácticas que configuran la identidad campesina</p>	<p>Para los líderes y lideresas de esta época, la configuración de la cultura colectiva está basada en el intercambio de valores de uso, es decir, en una producción para vivir mejor y no para acumular, en formas de solidaridad que les permiten mantenerse en pie junto a sus familias. A partir de estas reflexiones, organizaciones como el Comité de Integración del Macizo Colombiano (CIMA) decidió que uno de sus principios organizativos sería la identidad (CNMH, 2017, p. 56).</p> <p>Otras prácticas que reafirmaron la cultura campesina y que son vistas como parte de la acción colectiva son las mingas, las alumbanzas —encuentros veredales en donde se hacen acciones de gracias— y los juegos tradicionales. En especial, porque promovieron la organización del campesinado a nivel local (CNMH, 2017, p. 236). Este mismo efecto tuvieron las huertas campesinas promovidas a nivel veredal en el departamento de La Guajira entre 1985-1990. Espacios que además de vincular prácticas cotidianas sirvieron como lugares de formación y capacitación comunitaria (CNMH, 2017, p. 36).</p>

y el abandono de tierras de manera forzada por parte de miles de familias campesinas. Entre 1999 y 2002, los departamentos con más altos niveles de abandono de tierras fueron Antioquia, Bolívar, Cesar, Magdalena, Córdoba, Sucre, Chocó y Norte de Santander. La presencia paramilitar fue la principal causa de este hecho. Estuvo motivada por el interés de obtener control territorial para el tráfico de droga y el enriquecimiento a partir de la apropiación de tierras, el control político y la imposición de nuevas formas de vida (CNMH, 2016, p. 364). Posteriormente, entre 2005 y 2008, el abandono de tierras se concentró en departamentos como Nariño, Putumayo, Tolima, Caquetaaa y Meta, con algunas variaciones en su motivación al estar más ligado al control militar del territorio y de los cultivos de uso ilícito, a la ofensiva contra las FARC y a la ampliación de la política minero-energética (CNMH, 2016, pp. 369-370).

Durante este periodo fue claro que lo que buscaron los grupos paramilitares no fue solo el desplazamiento forzado, el abandono de las tierras y el miedo de las familias campesinas. Trataron de imponer otra normatividad en las zonas que ocuparon, buscaron crear instituciones o entregar las existentes a ciertas fuerzas políticas. Se apropiaron de grandes extensiones de tierra e impusieron reglas y horarios para las mujeres y los jóvenes que tuvieron que quedarse. En última instancia, también atacaron con ello la forma de vida de un campesinado organizado que actuaba en colectivo; que creó veredas, corregimientos y municipios enteros a partir de su trabajo en las JAC, asociaciones, tiendas comunitarias, cooperativas y un largo etcétera.

Por esta razón, aquellas acciones que normalmente se entienden como mecanismos de protección o autoprotección, o como parte de la ayuda que brindaron los lazos familiares y comunitarios en medio de una situación de crisis, desde esta perspectiva también se señalan como prácticas determinantes para la reproducción de un proceso de lucha colectiva y se denominan de sostenibilidad de la vida, por cuanto los

objetivos de la lucha social fueron, en primer lugar, mantenerse vivos y, en segundo lugar, el retorno a sus territorios o la adaptación a otras tierras que les garantizaran la reproducción de su forma de vida.

Cuadro 4. Prácticas cotidianas que sostuvieron la lucha campesina entre 1995-2015

Autoprotección y defensa de la vida misma ^a	<p>No salir de las casas para evitar ser sorprendidos. Realizar vigilancia permanente, usar medios de locomoción disponibles y ubicar lugares específicos como reservas de comida.</p> <p>Realizar desplazamientos temporales y parciales como el que se vivió en la región de Catatumbo hacia la frontera con Venezuela. En estos casos, algunas familias abandonaron sus casas para dormir, pero siguieron cuidando los cultivos de manera intermitente.</p> <p>Gestos de solidaridad inmediata y en el corto plazo. Estar en constante desplazamiento provocó la creación de espacios colectivos para resolver problemas comunes y básicos para sobrevivir como la alimentación a través de ollas comunitarias y el cuidado de niños, niñas y adultos mayores.</p> <p>Creación de nuevas organizaciones sociales que tuvieron como eje común el desplazamiento forzado y la exigencia de un reconocimiento como víctimas del conflicto armado.</p> <p>Consolidación de redes de apoyo a nivel nacional e internacional con organizaciones no gubernamentales para ayuda de tipo humanitario y legal.</p> <p>Tomas de oficinas y movilizaciones por parte de familias y comunidades desplazadas (Osorio, 2001, pp. 61-63).</p>
--	--

^a En cuanto a las prácticas que garantizaron la defensa de la vida en sí misma, fue fundamental la investigación de Flor Edilma Osorio (2001) donde resalta la relación que existe entre la supervivencia y la resistencia en un contexto de guerra. Para esta autora, es posible reconocer que varias de las acciones colectivas de distintos grupos rurales en el país están basadas en la supervivencia y que, en este sentido, deben ser reconocidas como parte de los repertorios a analizar en un proceso de lucha social.

(Continúa)

	<p>Hacer reuniones clandestinas y evitar el encuentro en lugares públicos. Acostarse temprano e impedir que los jóvenes salieran a las calles, especialmente en las noches (CNMH, 2017, p. 39).</p> <p>Organizar la salida en las noches para aprovechar su conocimiento del terreno y hacerse invisibles en medio de la oscuridad. En estas marchas fue determinante la solidaridad de las comunidades indígenas, quienes, además de ayudar con la alimentación de muchas de estas familias, abrieron sus resguardos como espacios de protección (CNMH, 2018, p. 536).</p> <p>Modificaron sus horarios de traslado, crearon nuevas rutas que les permitieron evadir los retenes paramilitares, convocaron reuniones dentro de los edificios de las alcaldías, y en el último periodo organizaron, de la mano de la Iglesia, viacrucis, festivales por la vida y muestras de cine que posibilitaron espacios de encuentro de la comunidad para romper con las normas establecidas por los paramilitares (CNMH, 2018, p. 413).</p>
Economía campesina para el cuidado de la vida.	<p>En medio de la violencia varias comunidades, sobretudo en regiones de minifundio, lograron resistir el desplazamiento promoviendo huertas revueltas, trueques, cría de especies menores y fincas agroambientales; la defensa cultural de la siembra y la cosecha; y la importancia de compartir la comida. Fue a partir de estas prácticas que las organizaciones sociales continuaron con su trabajo. Para ellas, se trató de “producir para comer, pero también de que el producto que se produce en la huerta, se compartiera de manera solidaria entre campesinos” (CNMH, 2017, p. 210). Se realizaron huertas colectivas por sectores y veredas; mingas para limpiar los cultivos; y aprovecharon estas jornadas como espacios de encuentro y reunión (CNMH, 2017, p. 235).</p> <p>El CIMA del sur del Cauca y norte de Nariño pudo sobrevivir gracias a las escuelas agroalimentarias. Se trató de una propuesta política en la que cada finca hizo una huerta casera que les sirvió para el autoconsumo y para la venta en los días de mercado. El desarrollo de estas jornadas les permitió complementar con otros productos que en ese momento ya estaban agotados en la región y garantizó la participación de jóvenes y mujeres. Durante este</p>

(Continúa)

	<p>proceso fue determinante el papel de los agrosembradores, pues tuvieron que correr con el mayor riesgo y sobrevivir a partir de una estrategia de bajo perfil que sirvió para construir el Plan de Agua, Vida y Dignidad (CNMH, 2017, p. 206). Con este trabajo no solo sobrevivió el proceso organizativo, también salvaron vidas y recuperaron semillas que creyeron perdidas.</p>
<p>Protección del entramado comunitario y organizativo</p>	<p>En este periodo aparecieron con fuerza principios como la integración social y la defensa de la vida. Además, resurgió el carácter regional de la acción campesina y se recreó la construcción de planes de vida. Para llegar a ese nivel, varias organizaciones tuvieron que pasar por la constitución de asociaciones cuyo carácter central fue su reconocimiento como víctimas.</p> <p>Otras prácticas fueron: 1) Crear espacios de unidad con otros procesos sociales a través de mesas de trabajo conjuntas que venían como herencia de los comités cívicos. 2) Reuniones privadas en donde solo estuvieran dirigentes. 3) Reuniones masivas convocadas de manera conjunta con las institucionales locales. 4) Intensificar las escuelas y procesos de formación para dirigentes y mujeres jóvenes, con miras a entender por qué estaban asesinando a la gente. Y 5) el apoyo de organizaciones defensoras de derechos humanos y de cooperación internacional (N. Quintero, entrevista personal, agosto de 2018).</p> <p>La solidaridad y el reconocimiento de las ventajas que ofrece la vida en el campo provocaron que muchas familias desplazadas decidieran retornar. La gente entendió que, a pesar de la falta de servicios y las distancias, en sus fincas se encontraba su forma de vida y su comunidad (N. Quintero, entrevista personal, agosto de 2018).</p>

El papel de las mujeres campesinas también fue significativo durante este periodo. Ellas no escaparon de la violencia, por el contrario, la vivieron en muchos casos en sus cuerpos cuando fueron objeto de abuso sexual; y ante la ausencia de sus maridos tuvieron que responder solas por el cuidado de sus hijos e hijas. A pesar de ello, fueron quienes más resistieron y convocaron a sus vecinos a mantenerse y no vender sus predios. Además, lideraron el retorno en muchas regiones del país, aun-

que por protección prefirieron hacerlo en otro lugar distinto al que vivían (CNMH, 2010, p. 342). Este fortalecimiento del liderazgo de las mujeres en procesos familiares y comunitarios es la respuesta a la urgencia de resolver sus necesidades más inmediatas (CNMH, 2017, p. 319).

La incertidumbre que genera un proceso de retorno estuvo acompañada por la sensación de injusticia, desolación, dolor y esperanza (CNMH, 2010, p. 352). Cuando las familias retornaron, encontraron muchos predios en manos de otros arrendatarios y ocupantes, lo que provocó nuevos procesos de organización y solidaridad entre comunidades. A partir de este momento, en regiones como la costa Caribe, el campesinado inició recuperaciones de tierras en las que las mujeres siguieron siendo protagonistas. En uno de los testimonios recolectados por el CNMH en el municipio de Sincelejo, una campesina afirmó:

Nosotras luchábamos más que los hombres, porque nosotras siempre nos quedábamos en el rancho, en los ranchos que hacíamos. Éramos las que cocinábamos para ese poco de gente, éramos las que estábamos más al frente cuando venía la policía a echarnos de la tierra, éramos las que estábamos al frente de cómo conseguíamos los alimentos para comer, cómo conseguíamos la leche, cómo conseguíamos el queso, el plátano, porque no había nada, era puro ganado, puro pasto, no había nada de cultivos en ese latifundio. (2010, p. 387).

Sin embargo, es necesario reconocer que en todas las regiones no ocurrió lo mismo. En conversación con Robert Daza, dirigente campesino del orden nacional, se identificó que una de las condiciones que permitió que en algunas zonas los procesos organizativos pudieran mantenerse y en otras tuvieran que ser reconstruidos fue el carácter de la propiedad de la tierra, es decir, si se trataba de zonas de latifundio o minifundio y si existían estudios para megaproyectos o no (entrevista personal, junio de 2018). Esta es una distinción importante que podría explicar por qué, en un departamento como Nariño, la creación de

huertas fue la práctica que les permitió resistir y, en cambio, en zonas como Montes de María y gran parte del Caribe colombiano la estructura organizativa todavía se encuentra en proceso de reestructuración.

Para este dirigente también es claro que existe un punto de inflexión a partir de 2008, aunque resalta un cambio cualitativo en el tipo de propuestas programáticas que el campesinado empezó a defender. En su criterio, el momento de crisis que se vivió desde la década de los noventa hizo que todas las exigencias que previamente se encontraban dispersas, y que se conocían a través de los pliegos de movilización, fueran discutidas de manera conjunta y crearan las bases de lo que posteriormente constituyeron los planes de vida o planes de desarrollo alternativo. Es importante plantear que, a partir de la revisión de experiencias en departamentos como Nariño y Putumayo o regiones como Montes de María y Catatumbo, se identifica desde esta época la creación de herramientas de planeación a largo plazo como una propuesta común del campesinado, independientemente del proceso organizativo que se estudie.

Todo esto no sucedió de la noche a la mañana. Tampoco fue el resultado de una asamblea o de un proyecto de cooperación. En palabras de este dirigente campesino “eso se fue construyendo al calor de la lucha” (entrevista personal, junio de 2018) y la lucha es diaria.

Con este recorrido es posible reafirmar que para analizar un proceso de lucha social no se pueden separar las actividades que recrean y sostienen la vida de aquellas que se realizan pública y coyunturalmente, como tampoco de las que garantizan que una estructura organizativa exista. Las prácticas cotidianas no son su cara oculta o infrapolítica. Las corrientes feministas actualmente están permitiendo reconocer que ese trabajo diario y constante por “mantener cuerpos, territorios y fuentes de vida es el núcleo mismo de la actuación, y esto implica pensar más allá del reclamo (...) No es lo mismo, en este sentido, reproducirse para luchar que luchar reproduciéndose” (Vega, 2019, p. 58).

En situaciones de extrema necesidad como las que se vivieron en medio de un desalojo, en jornadas de desplazamiento forzado o el asesinato de familiares, las mujeres lideraron prácticas que garantizaron, en un primer momento, la vida misma y posteriormente, su reproducción y garantías de sostenimiento en procesos de retorno o de colonización de nuevos territorios. Sin embargo, también fue claro que su participación se hizo constante y definitiva en las prácticas organizativas y de protesta. Muchas mujeres también lideraron tomas de tierras o hicieron parte de las marchas y paros agrarios. Incluso, las mujeres que se quedaron en sus fincas también organizaron el envío de nuevos insumos necesarios para sostener protestas que duraron más de veinte días. Sin estas labores, ninguna de las prácticas de acción colectiva podría llevarse a cabo y mucho menos reproducirse en el tiempo.

Referencias

- Aprile-Gnisset, Jacques. (1991). *La crónica de Villarrica*. Ediciones Antropos.
- Arango, Luz Gabriela. (2010). Género e identidad en el trabajo de cuidado. En Enrique de la Garza y Julio Neffa (Coords.), *Trabajo, identidad y acción colectiva*. P y V Editores.
- Archila, Mauricio. (1986). La otra opinión: la prensa obrera en Colombia 1920-1934. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (13-14), 209-237.
- Archila, Mauricio. (1995). Protestas sociales en Colombia (1946-1958). *Historia Crítica*, (11), 63-78.
- Archila, Mauricio. (1997). Protesta social y Estado en el Frente Nacional. *Controversia*, (170), 10-55.
- Archila, Mauricio. (2008). *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia/ Centro de Investigación y Educación Popular.
- Archila, Mauricio; García, Martha; Restrepo, Ana María y Parra, Leonardo. (2014). *Luchas sociales en Colombia, 2013. Informe especial*. Cinep/Programa por la Paz.

- Asociación Minga. (2017). *Visiones sobre el desarrollo y paz en el Putumayo. Una mirada desde las organizaciones sociales y desde el Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018*. Asociación Minga/Fondo Sueco-Noruego de Cooperación con la Sociedad Civil Colombiana.
- Becerra Silvia y Rojas Julieth. (2015). Buscando los rostros campesinos de por acá. Una aproximación desde la noción de vida campesina. *Controversia*, (205), 41-60.
- Bejarano, Jesús. (1985). Campesinado, luchas agrarias e historia social en Colombia: notas para un balance historiográfico. En Pablo González Casanova (Coord.), *Historia Política de los campesinos latinoamericanos* (pp. 9-72). Siglo XXI de España.
- Carrasco, Cristina. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? En Magdalena León, *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*. Agencia Latinoamericana de Información.
- Carrasco, Cristina. (2016). Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas* 1(1), 34-57.
- Carrasco, Cristina. (2017). La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz*, (91), 52-77.
- Carrillo, Lorena. (2016). “¡Juntos pero no revueltos!” (*O de cómo se ha concertado la regulación social en medio de la guerra*) El caso de la región de El Pato. San Vicente del Caguán, Colombia 1956-2016 [Tesis de maestría, Colegio de Michoacán]. https://www.researchgate.net/publication/308024729_Juntos_pero_no_revueltos_O_de_como_se_ha_concertado_la_regulacion_social_en_medio_de_la_guerra_El_caso_de_la_region_de_El_Pato_San_Vicente_del_Caguan_Colombia_1956-2016
- Celis, Leila. (2018). *Luchas campesinas en Colombia (1970-2016). Resistencias y sueños*. Ediciones Desde Abajo.
- Centro de Investigación y Educación Popular/Programa por la Paz [CINEP/PPP]. (2013). *Luchas sociales, derechos humanos y representación política del campesinado 1988-2012. Informe especial*. CINEP.

- Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], Comité de Integración del Macizo Colombiano [CIMA] y Fundación del Suroccidente Colombiano [FUNDESUMA]. (2017). *Crecer como un río. Jornaliando cuesta arriba por vida digna, integración regional y desarrollo propio del Macizo colombiano Cauca, Nariño y Colombia* (Vol. I y II). Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2010). *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa Caribe 1960-2010*. Taurus.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Petróleo, coca, despojo territorial y organización social en Putumayo*. Autor.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas*. Autor.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Campesinos de tierra y agua. Memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960-2015*. Autor.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018). *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*. Autor.
- Clemens, Elisabeth. (1999). La organización como marco: identidad colectiva y estrategia política en el movimiento sindicalista norteamericano (1880-1920). En Doug Mc. Adam, John D. McCarthy y Mayer N. Sald (Coords.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 288-319). Istmo.
- Coordinador Nacional Agrario. (2015). *Territorios agroalimentarios. Producción, naturaleza, cultura y política campesina*. Corporación para la Educación e Investigación, Cedins.
- Cruz, Edwin. (2016). El ciclo de protesta 2010-2016 en Colombia. Una explicación. *Jurídicas CUC*, 12(1), 31-62.
- Dalla Costa, Mariarosa. (2006). La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida. En Matxalen Legarreta, Débora Ávila y Amaia Pérez (Coords.), *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo* (pp. 59-78). Tierradenadie.

- Díaz, Dora Isabel. (2002). *Situación de la mujer rural colombiana. Perspectiva de género*. Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, ILSA.
- Dueñas, Guiomar. (1992). Algunas hipótesis para el estudio de la resistencia campesina en la región central de Colombia. Siglo XIX. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (20), 90-106.
- Escobar Cristina. (1987). *Experiencia de organización campesina en el Valle del Cauca 1960-1980*. Taller Prodesal, Instituto Mayor Campesino y Estudios Rurales Latinoamericanos.
- Fajardo, Darío. (1979). *Violencia y Desarrollo (Transformaciones sociales en tres regiones cafetaleras del Tolima, 1936-1970)*. Fondo Editorial Suramérica.
- Fajardo, Darío. (1986). *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia, 1920-1980*. Universidad Nacional de Colombia, Centro de Investigaciones para el Desarrollo.
- Fals Borda, Orlando. (1986). *Historia doble de la Costa*. Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, Orlando. (2002). *Historia doble de la Costa. Retorno a la tierra* (t. IV). Universidad Nacional de Colombia/Banco de la República/El Áncora.
- Federici, Silvia. (2014). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- Flórez, Alberto. (1993). Elementos para una nueva historiografía agraria; la obra de James Scott. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (21), 139-154.
- Flórez, Alberto. (2012). La escuela de la economía moral. Algunas de sus limitaciones para el análisis de lo político en lo campesino. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (26).
- Forero, Jaime y Dávila, Ricardo. (1997). Cooperativismo y desarrollo rural en una provincia colombiana. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (38), 25-33.

- Forero, Jaime; Garay, Luis Jorge; Barberi, Fernando; Ramírez, Clara; Suárez, Dora y Gómez, Ricardo. (2013). La eficiencia económica de los grandes, medianos y pequeños productores agrícolas colombianos. En Luis Jorge Garay, Jaime Forero, Fernando Barberi, Clara Ramírez, Dora Suárez, Ricardo Gómez, Yesid Castro, José Manuel Álvarez, Roque Roldán, Esther Sánchez, Absalón Machado, Carlos Salgado, Sandra Naranjo y Santiago Perry, *Reflexiones sobre la ruralidad y el territorio en Colombia. Problemáticas y retos actuales* (pp. 69-115). Oxfam.
- Fortunati, Leopoldina. (31 de octubre de 2015). *Social Reproduction, But Not As We Know It*. <https://viewpointmag.com/2015/10/31/social-reproduction-but-not-as-we-know-it/>
- Fortunati, Leopoldina. (2019). *El arcano de la reproducción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*. Traficantes de Sueños.
- Fraser, Nancy y Jaeggi, Rahel. (2018). *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*. Morata.
- Fraser, Nancy. (2016). El capital y los cuidados. *New Left Review*, (100), 111-132.
- García, Martha. (2001). Luchas y movimientos cívicos en Colombia durante los 80 y los 90, transformaciones y permanencias. En Mauricio Archila y Mauricio Pardo (Eds.), *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia* (pp. 88-124). Centro de Estudios Sociales, CES/Universidad Nacional/Icanh.
- Gilhodes, Pierre. (1988). *Las luchas agrarias en Colombia*. Presencia.
- Giménez, Martha. (2019). *Marx, Women, and Capitalist Social Reproduction. Marxist Feminist Essays*. Haymarket Books.
- Giraldo, Javier. (1987). En búsqueda de una alternativa política regional. Movimiento cívico popular por Nariño. *Controversia*, (138-139), 109-119.
- Gómez, Santiago; Moore, Catherine y Múnera, Leopoldo. (2018). *Los saberes múltiples y las ciencias sociales y políticas*. Universidad Nacional de Colombia.
- González, Luis. (2017). *Luchas y resistencias campesinas en Colombia 1948-2015. Caminos de la guerra y de la paz*. Ediciones Aurora.

- Gutiérrez, Raquel. (2008). *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia (2000-2005)*. Tinta Limón.
- Gutiérrez, Raquel. (2009). América Latina: de la revuelta a la estabilización. En *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente* (pp. 167-186). Tinta Limón.
- Gutiérrez, Raquel. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Traficantes de Sueños.
- Instituto Latinoamericano para una Sociedad y un Derecho Alternativos (ILSA). (2011). Voluntad política en (in) acción. *Cuadernos de Tierra y Justicia*, (11).
- Jara, Jaime. (2017). *Cuadernos de la violencia. Memorias de infancia en Villarrica y Sumapaz*. Cajón de Sastre.
- Jiménez, Michael. (1990). Mujeres incautas y sus hijos bastardos: clase, género y resistencia campesina en la región cafetera de Cundinamarca. *Historia Crítica*, (4), 78-99.
- Joven, Ana María y Núñez, Luz Ángela. (2018). Discurso oculto de la resistencia campesina en Cundinamarca (1920-1936). *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 23(1), 143-171.
- Leal, Francisco y Zamosc, León (Eds.). (1991). *Al filo del caos. Crisis política en Colombia de los años ochenta*. Tercer Mundo Editores.
- LeGrand, Catherine. (2016). *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Universidad de los Andes.
- Londoño, Rocío. (2011). *Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*. Universidad Nacional de Colombia.
- López, Luisa; Molina, Martín; Pardo, Daniel; Piedrahita, Jonathan; Rojas, Laura; Tejada, Natalia y Zelik, Raúl (Comps.). (2012). *¿Otros mundos posibles? crisis, gobiernos progresistas, alternativas de sociedad*. Universidad Nacional de Colombia.
- Madrid, Marcela. (2018). *Feminismo campesino del Caribe: la historia de Catalina Pérez*. <https://semanarural.com/web/articulo/feminismo-campesino-caribe-colombiano-catalina-perez-anuc/690>

- Massolo, Alejandra y Melucci, Alberto. (1991). La acción colectiva como construcción social. *Estudios Sociológicos*, 9(26), 357-364. <http://www.jstor.org/stable/40420123>
- Mesa Regional de Organizaciones Sociales del Putumayo (2015). *Putumayo: sembrando vida construyendo identidad. Historia de la Mesa Regional 2006–2014*. Corporación Derechos para la Paz, CDDPAZ.
- Molano, Alfredo. (1999). *Selva adentro*. Bogotá: El Áncora.
- Mondragón, Héctor. (2002). *La organización campesina en un ambiente de terror*. Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos.
- Múnera, Leopoldo. (1998). *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Iepri/Centro de Estudios de la Realidad Colombiana, Cerec/Universidad Nacional de Colombia.
- Negrete, Víctor. (2016). *Córdoba. Entre la lucha campesina por la tierra y el despojo*. Viva la Ciudadanía.
- Osorio, Flor E. (2001). Entre la supervivencia y la resistencia. Acciones colectivas de población rural en medio del conflicto armado colombiano. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (47), 55-80.
- Osorio, Flor E. (2016). Campos en movimiento. Algunas reflexiones sobre acciones colectivas de pobladores rurales en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1), 41-61.
- Palacios, Marco. (2011) *¿De quién es la tierra? Propiedad, politización y protesta campesina en la década de 1930*. Fondo de Cultura Económica/Universidad de los Andes.
- Planeta Paz. (2002). *Documento de caracterización sectorial - Campesinado*. Autor.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2011). *El campesinado: reconocimiento para construir país*. Instituto Nacional de Derechos Humanos.
- Prada, Eusebio. (2008). *La vida que vivimos. Historia campesina*. Aurora.

- Prada, Esmeralda y Salgado, Carlos. (2000). *Campesinado y protesta social en Colombia 1980-1995*. Cinep.
- Prada, Esmeralda. (2003). La protesta en el campo colombiano. De la lucha por la tierra a la defensa de los derechos humanos (1990-2003). *Observatorio Social de América Latina*, 4(11), 53-64.
- Ramírez, María C. (2001). *Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos coccaleros del Putumayo*. ICANH.
- Restrepo, Gloria I. (2006). Dinámicas e interacciones en los procesos de la sociedad civil. *Revista Colombiana de Sociología*, (27), 169-202
- Rincón, John. (2001). Problemática campesina. Una mirada al movimiento campesino en los noventa. *Revista Colombiana de Sociología*, 6(1), 87-108.
- Rivera, Silvia. (1982). *Política e ideología en el movimiento campesino colombiano. El caso de la Anuc*. Cinep.
- Salgado, Henry. (2018). *Don Armando Montaña Ríos. Una historia oral de la acción colectiva del Guaviare, 1970-2010*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Sánchez, Gonzalo. (1977). *Las ligas campesinas: auge y reflujos*. Tiempo Presente.
- Sánchez, Gonzalo. (1989). Tierra y violencia: el desarrollo desigual de las regiones. *Análisis Político*, (6), 8-34.
- Scott, James. (1976). *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. Yale University Press.
- Scott, James. (1985). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.
- Serna, Justo y Pons, Anacleto. (2000). *Cómo se escribe la microhistoria*. Ediciones Cátedra.
- Suhner, Stephan. (2002). *Resistiendo al olvido. Tendencias recientes del movimiento social y las organizaciones campesinas en Colombia*. Taurus.

- Svampa, Maristella. (2009). *Protesta, movimientos sociales y dimensiones de la acción colectiva en América Latina*. <http://www.maristellavsvampa.net>
- Tarrow, Sidney. (1995). *Power in Movement. Social Movement, Collective Action and Politics*. Cambridge University Press.
- Thompson, Edwar. (1971). The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century. *Past & Present*, (50), 76-136.
- Thompson, Edwar. (2019). *Costumbres en común*. Capitán Swing.
- Tilly, Charles. (1991). Modelos y realidades de la acción colectiva popular. En Fernando Aguiar (Comp.), *Intereses individuales y acción colectiva* (pp. 149-178). Pablo Iglesias.
- Tilly, Charles. (2016). *Identity, Boundaries and Social Ties*. Routledge.
- Tobasura, Isaías y Rincón, Luis. (2007). La protesta social agraria en Colombia 1990-2005: génesis del movimiento agrario. *Revista Luna Azul*, (24), 42-51.
- Traugott, Mark. (2002). *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Hacer.
- Vega, Cristina y Gutiérrez, Encarnación. (2014). Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. *Debates latinoamericanos. Íconos*, (50), 9-26.
- Vega, Cristina y Cielo, Cristina. (2015). Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual. *Nueva Sociedad*, (256).
- Vega, Cristina. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos. *Revista de Estudios Sociales*, (70), 49-63.
- Vega, Renán. (2002). Los de ruana y alpargata también pelean. En Renán Vega, *Gente muy rebelde* (pp. 123-206), tomo 2. Ediciones Pensamiento Crítico.
- Williams, Raymond. (2011). *El campo y la ciudad*. Paidós.
- Zamosc, León. (1986). *The agrarian question and the peasant movement in Colombia. Struggles of the Nacional Peasant Association 1967-1981*. Cambridge University Press.

Zamosc, León. (1992). Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia. Un balance retrospectivo, 1950-1990. *Análisis Político*, (15), 35-66.

Zamosc, León; Martínez, Stella y Chiriboga, Manuel (Coords.). (1996). *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Zibechi, Raúl. (2007). *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes anti-estatales*. Ediciones Desde Abajo.